

MARIO ROSO DE LUNA

Esteban Cortijo Parralejo

MARIO ROSO DE LUNA
¿QUIÉN FUE Y QUÉ DIJO?

Presentación de Javier Ordóñez



Colección ILUMINACIONES

(Filología, crítica y ensayo)

29

Director:

ANTONIO FERNÁNDEZ FERRER

Diseño de cubierta: Equipo Renacimiento

© 2007. Editorial Renacimiento

© Esteban Cortijo Parralejo

© Presentación: Javier Ordóñez

Depósito Legal: S.465-2007

ISBN e-Book: 978-84-8472-940-2

Impreso en España

Printed in Spain

PRESENTACIÓN

CABALLERO DE SABERES FRONTERIZOS

¿POR qué estudiar a Roso de Luna y no dejarlo dormir en un discreto olvido?

Pienso que si escribió de forma tan secreta que se necesita un rito de iniciación para descifrar sus intenciones tal vez no merezca la pena el esfuerzo. Por mucho encanto que siempre hayan tenido las ideas herméticas, la misma experiencia del desánimo repetido tantas veces al abrir habitaciones secretas donde finalmente no había nada, nos llevaría a sospechar de quienes nos ofrecen salvaciones detrás de palabras incomprensibles.

No se trata de saber si Roso de Luna era el Euclides de Logrosán o el Lutero de Cáceres sino saber qué era realmente, qué ideas defendió y por qué, qué temas fueron primordiales en su preocupación y cuales abandonó y que papel jugó en el contexto intelectual de la España de finales del siglo XIX y principios del XX. No se trata, por lo tanto de hacer erudición local autocomplaciente sino darle dimensión adecuada que permita interpretar el alcance de su actividad intelectual.

Roso de Luna (1872-1931) asistió, como hombre de su época lleno de curiosidad, a muchos acontecimientos que no debieron dejarlo indiferente. El cambio de siglo fue momento clave de referencia para situarse en un punto de vista que permitiera observar todo ese proceso. Ahora bien, no debe confundirse la producción de conocimiento, ni siquiera científico y técnico, con los problemas de su puesta en circulación, de su difusión, de su asimilación, de su popularización. Habitualmente se marcan en itinerarios diferentes en cada caso y alcanzan públicos diferentes.

¿Cómo podemos describir o pintar la imagen de Roso de Luna?

En primer lugar cabría señalar su talante apasionado que le hizo aproximarse a los temas de su preocupación desde una cultura fundamentalmente emotiva. Por una parte estuvo profundamente interesado por el desarrollo de los saberes fronterizos entre la física y la química como si a través de ese intersticio pudiera acceder a los secretos naturales, tentado de reproducir las pasiones de un nuevo Fausto. Por otra, su visión unitaria del conocimiento le hizo sumergirse frecuentemente en una especie de holismo que alcanzaba desde los saberes particulares, una unión entre ciencia y religión, e incluso una nueva forma de concebir la organización social.

Efectivamente, de la misma forma que pretendía eliminar lo que para él era una limitación del materialismo por medio de un nuevo y, a su juicio, genuino espiritualismo deseaba una paz universal en el ordenamiento jurídico de las naciones. Utopía en la vida política análoga a su visión epistemológica. Así, para él la evolución biológica era admisible simplemente porque sólo se trataba de asegurar una cierta visión panteísta de la naturaleza que permitía a su juicio ordenar mejor la jerarquía de conocimientos.

En ocasiones puede sorprender al lector contemporáneo las consideraciones de un Roso de Luna que aparece como un caballero antiguo

más proclive a defender ideas próximas al romanticismo literario que al sólido desarrollo de la ciencia de su época. Sin embargo se ha de destacar una característica que, en cierta manera, le acerca a nuestra época. Es la que se refiere a la defensa de una axiología científica que relaciona su pensamiento con la corriente actual que intenta contextualizar el conocimiento científico en un espacio de valores. «Es maldición toda ciencia sin virtudes», escribió en un artículo de periódico el 23 de agosto de 1905, en «El Globo» de Madrid.

En cierta manera, en efecto, le separa de su época su alejamiento de esa idea de ciencia neutral a cualquier compromiso, o ligada simplemente a la sociedad con la misma fidelidad de cualquiera otra relación patriótica o tribal. Le acercaba a este siglo XXI el considerar la ciencia como un tipo de conocimiento que debía mantener una cierta armonía con el hombre. Puede objetarse que esa especie de «humanismo» está muy alejado de la idea contemporánea de compromiso desarrollada en los ámbitos científicos después de la segunda guerra mundial. Pero en todo caso no puede pedirse la misma claridad a un pensador como Roso que no vivió los horrores de la guerra contemporánea.

Su posición, efectivamente, es el resultado del optimismo, de la persuasión ilustrada de las ventajas del conocimiento. No se trataría en su caso de la recuperación de una libertad supuestamente amenazada por el desarrollo del conocimiento sino más bien de la extensión de la libertad que proporciona la ciencia hacia otros ámbitos.

Cuando se habla de Roso de Luna, como decía al principio, a veces se destaca que estuvo demasiado preocupado por el hermetismo. Y es que Roso fue un síntoma de esa corriente irracionalista y neorromántica que recorrió la Europa de finales del siglo XIX. Fue influido por ella y en España adoptó una forma concreta que es la que se manifiesta en sus artículos de tendencia más mística. Estas formas de misticismo no

oficial, no ligado a la Iglesia Católica, fueron relativamente populares durante esa época. Pero al lado de esa vertiente mística desarrolló una actividad de difusor de la ciencia e, incluso, la industria.

En este contexto, la semblanza del autor y los fragmentos que ofrece Esteban Cortijo tienen como objetivo sin duda mostrar algunas de las preocupaciones de Roso de Luna, pero también manifiesta el reflejo de la sociedad en la que vivía. Un artículo de periódico puede servir para entender a su autor pero una colección o, como en este caso, una selección fuerza un movimiento de vaivén en el que están involucradas las dos partes del drama, autor y público.

JAVIER ORDÓÑEZ

Universidad Autónoma de Madrid

I.

CUADRO CRONOLÓGICO

1. DATOS BIOBIBLIOGRÁFICOS

1872. Nació en Logrosán (Cáceres) el 15 de marzo, hijo de José Roso Bover, de Vinaroz y Jacinta de Luna y Arribas, de Cabeza del Buey (Badajoz).
1885. Bachiller a las 14 años en el Instituto de Cáceres con nota de Sobresaliente en sus dos ejercicios.
1889. Una Meningitis grave le pone al borde de la muerte. Sufre un gran cambio.
1890. Las últimas asignaturas de Derecho las cursa en la Universidad de Barcelona y se licencia en la Universidad Central (Madrid). Ejerce durante once años la profesión de abogado.
1893. El 5 de julio descubre el cometa que lleva su nombre.
1894. Se doctora en Derecho con una tesis sobre el Ley XV de las Leyes de Toro, calificada de Sobresaliente. Construye El Kineuthorizon, instrumento de Astronomía popular dedicado a S. M. el Rey D. Alfonso XIII. Un año más tarde confecciona el Kine-